

NUEVA RADIOGRAFÍA DE LUIS DURAND.—MARGINAL A «ALMA Y CUERPO DE CHILE»

Luis Durand, con su presencia de tinaja prodigiosa y fecunda, redondo de afecto, es el escritor en cuya frente, dilatada y lunar, tiene Chile una especie de sembrado: en cada arruga de este hombre, de lenta y dorada cordialidad, la patria va echando su agua de magia. La frente de Luis Durand es toda la cima del ingenio; en ella relucen los soles de la gracia popular, y si el pájaro de la picardía buscase un límite para su canto, no vacilaría en trazarlo sobre esta piel caligrafiada por la vida.

Luis Durand es la encarnación del trigo del pueblo. Su literatura huele a campo mojado por la luna, a campo que principiase más allá del cielo y se estirara hasta el dominio de las nubes; las páginas de Durand encierran la palpitación del arado, son como gajos celestes. ¿Por qué en cada línea de Don Lucho, como le llamamos sus amigos y los pidenes, resulta una fruta madura, una fruta que hubiese sido regada por el llanto del destino...?

En los cuentos y en las novelas de Durand se encuentra la más viva mezcolanza: hay filamentos estelares, hay raíces, hay luz de mar. Por ello, no puede—ni debe—, hablarse de sus cuartillas, con regla académica: entrar a sus parlamentos es tanto como pasearse debajo de un parrón pintado por los sueños del arco iris, ¡qué de matices caben en sus mentiras y en sus memorias!

Luis Durand habla con la lengua del poeta y del inquilino: de ahí ese hábil acento que los conduce hasta el fin de sus libros, como sucede—ahora—con sus segundo libro de ensayos: «Alma y Cuerpo de Chile», (1), en el que se entrecruzan evocaciones y ternuras de varón nutrido con el pan doloroso de las haciendas chilenas, el pan que remeda un sol de maldición...!

«Presencia de Chile», (2), su libro de ensayista estremecido

(1) Nascimento, 1947, 218 páginas.

(2) Nascimento, 1942.

por el aura secreta de la patria, es el diagrama sentimental de nuestra tierra. Esta «alma» y este «cuerpo» de Chile es el bucco íntimo en cosas queridas de nuestra república que es origen del coraje y de la poesía.

A lectura liviana, sorprende el título de este libro; pero, mirándolo con paciencia de buen lector, se cae en la verdad de la obra, íntegramente sacudida por el viento del espíritu. Para Durand, el milagro comienza en el vértigo interior. Por esto, Chile le amarra con su alma, con su clarísima alma de guitarra, sin menospreciar, por cierto, la musculatura de montaña de su cuerpo; que, aunque solemne, no resplandece como aquélla: el alma de Chile llena la órbita del asombro, y Durand, chileno de pies a corazón, lo comprende y lo proclama.

Si una calidad domina a Durand, es la delicadeza, la livianura de entraña, el donaire: esta calidad interesantísima—y escasa—, hincha a esta galería de ensayos, exentos de la pedantería etiquetada y en plenitud de simpatía: los recuerdos del niño provinciano que llega a Santiago, resultan el breviario de los que, un día, pisamos la capital, ciegos de la emoción de respirar el aire de su leve prestigio de pequeño París.

Leyendo estas páginas, que azulan los viejos días, entendemos las garras que se nos clavaron al descender en la Estación Mapocho, con las maletas atosigadas de poemas. Y da el caso de que el primer escritor que nos tendió la mano fué Luis Durand, en quien reconocemos al padrino de nuestro ensueño literario de pobres provincianos entregados al azar de la capital.

El hermoso «Elogio al terruño» que Durand ha escrito en este libro es de aquellos trozos que los maestros chilenos debieran leer, sin cansancio, a sus alumnos, pues vale como la más encendida lección que pueda darse; lección de apreciar a la patria en su verdad y en sus generosas perspectivas.

«Alma y Cuerpo de Chile» sabe a mosto saludable, a noble harina vaciada en el hambre de nuestra devoción patria.—
ANDRÉS SABELLA.